

ra antes que los fuegos artificiales hubiesen sido encendidos, estaban allí Roberto de Blois, Lola, los dos Pontalés y Mr. Le-Hivain.

La tertulia tenia lugar en la alcoba de Penhoel, como si de ella se hubiese querido hacer un misterio para los demás huéspedes.

Gran lujo reinaba entonces en las habitaciones de René.

El mueblaje, todo nuevo, era de la última moda de París. Si tres años antes hubiésemos penetrado en esa estancia sencilla y modestamente adornada, hubiésemos encontrado los retratos del comandante de Penhoel, de su hijo Luis y de Marta.

Entonces no habia mas que uno solo en un lujoso marco, el de Lola.

Detrás del lecho se abria una puerta marcada mejor que cubierta por magníficas colgaduras de terciopelo: era la puerta de la habitacion de Lola.

Ninguno se tomaba allí la molestia de disimular.

El desórden se habia apoderado del castillo, y Penhoel haciendo de su apatía una especie de broquel, no se inquietaba por saber si su conducta era un escandalo ó pasaba desapercibida.

Era el amo.

Su manifesta degradacion se abrigaba tras aquella grande y hermosa autoridad de jefe de familia que debia á la austera virtud de sus antepasados.

Jugaba contra Mr. Roberto de Blois, junto á quien estaban sentados los dos Pontalés.

A su derecha la encantadora Lola, en traje de

XXI

Mr. LE-HIVAIN.

Los dos hombres que acababan de detenerse al extremo de la muralla gótica bajo la torre del Primogénito, salian de la habitacion de René de Penhoel.

Eran Mr. Protasio Le-Hivain, llamade Macrocéfalo, abogado de las aldeas de Baises y Glenac, y el señor marqués de Pontalés.

Mientras que en el salon de césped se bailaba, una parte de los huéspedes se habia retirado, siguiendo la costumbre, á la habitacion del señor de Penhoel.

Era hácia la caída del dia: poco mas de una ho-

baile, se reclinaba perezosamente en una cómoda butaca: á su izquierda Mr. Protasio Le-Hivain, luciendo sobre sus narices grandes anteojos de acero, seguía el juego con avidez.

Pontalés y su hijo se abstendían de dar ninguna clase de consejo. El abogado prodigaba los suyos con notable generosidad.

En cuanto á Lola, no abandonaba su puesto, cómodo por demás, sino para llenar con su linda mano, cubierta de sortijas, un vaso colocado sobre la mesa al lado de Penhoel.

Penhoel bebía, bebía.

Aquellos tres años habían pasado sobre él de una manera verdaderamente extraordinaria. Sin embargo de que apenas tenía treinta y ocho años, era ya un anciano: su espesa cabellera rubia había blanqueado enteramente; su frente estaba arrugada; su elevada estatura era ya encorvada.

No había ni voluntad ni inteligencia en su mirada, apagada y estúpida por una embriaguez diaria.

Apenas se hubiera podido reconocer en aquella fisonomía muerta, indiferente, las animadas facciones de René de Penhoel.

El efecto producido en su naturaleza moral por aquellos destrozos de tan corto tiempo, era aun mas desastroso todavía. El señor de Penhoel no había sido nunca un talento privilegiado; pero al menos poseía en otro tiempo una parte de ese valor enérgico que venía á ser como una herencia de familia.

Ahora nada. De aquel hombre joven y fuerte que ya hemos visto saltar á la descuadernada barca de Benito, y desafiar sobre tan débil puente la violencia de la tempestad, no quedaba mas que una especie de cadáver, un anciano impotente y pesado, sin fuerza ni imaginación.

El aguardiente, el amor y el juego, esas tres cosas de las que una sola basta para exaltar al hombre, podían apenas reñidas galvanizar su silenciosa inercia.

Sostenía sus cartas con mano trémula. A medida que iba adelantando la partida, gruesas gotas de sudor surcaban las arrugas de su frente, encendiéndose mas y mas las manchas que había en su lívido rostro.

Enfrente de él Roberto sonreía tranquilo hablando con Pontalés, interesado sin duda en el juego.

El joven conde Alain de Pontalés era una figura bastante regular, que no cuidaba de ocultarse para lanzar á Lola ojeadas suficientemente significativas.

Su padre, el marqués, era un anciano de no elevada estatura, cabellos blancos como la nieve, ojos vivos, sonrisa dulce y de ingenio. A juzgar al hombre únicamente por las apariencias, debía ser este el marqués mas amable del universo.

Las gentes que miran muy de cerca y pretenden ver mas que la generalidad de las personas, habrían podido descubrir bajo su amable sonrisa un fondo de sequedad y burla. Pero esto no era na-

da, y además alguna ligera nube de escepticismo volteriano se aliaba maravillosamente á la risueña benevolencia de esos ancianos caballeros.

Lo que dominaba en la fisonomía del marques eran la finura, la bondad. Debía ser un hombre severamente diestro, y su bondad debía impedir á su destreza ser peligrosa.

Sus enemigos (y tenia pocos declarados por causa de disfrutar setenta mil libras de renta) pretendian que era aun mas fino de lo que aparentaba, pero que su bondad no valia cosa mayor.

Eran sin duda envidiosos.

En, todo caso en aquel país patriarcal en que la estimacion pública está en razon directa de la suma satisfecha en pago de la contribucion, la maledicencia no conseguia gran éxito contra el marqués de Pontalés.

La sociedad le reconocia por rey. Poseia la estimacion manifiesta del caballero agregado y de Mad. de Kerbichel; gozaba de la admiracion de los tres vizcondes codiciosos, de la viuda Clara-Tebinichic; las tres gracias Babouin-des-Roseaux-de-l'Etang hubieran empleado gustosísimas su juventud en cantar sus alabanzas al universo con acompañamiento de guitarra.

Lo que por lo demás hubiera militado seriamente en su favor para con todo hombre desprevenido en contra, hubiese sido la diligencia que ponía en terminar aquel prolongado odio que habia separado ya el castillo grande del pequeño. Pontalés se

habia prestado muy gustoso á aquella reconciliacion; la empresa del jóven Mr. Roberto de Blois se habia limitado á un sencillo paso, despues de lo cual el marqués de Pontalés, aunque de mayor edad, mas rico y de título mas elevado, habia hecho inmediatamente las primeras gestiones.

Desde la reconciliacion Penhoel se habia aprovechado mas de una vez de la amabilidad de aquel, como sabian todos. Ese excelente marqués manifestaba una bondad infinita. Para no dar mas que un ejemplo y manifestar de una sola vez la prueba de su benevolencia, diremos que la habia llevado hasta el extremo de renunciar el título de maire de Glenac para dar á la vanidad de Penhoel esta codiciada satisfaccion.

Hacia mas de una hora que duraba la partida.

Penhoel perdía.

Rodeado como estaba, por un lado de Macrocéfalo, que tenia toda la probidad de un abogado campesino, por el otro de una mujer con derecho al título de aventurera, hubiera podido parecer que no era natural su constante desgracia. Lola estaba situada admirablemente para hacer señas, y la larga fisonomía de Mr. Protasio Le-Hivain podia decir muchas cosas.

Pero el jóven Roberto de Blois no estaba de humor de usar de esos fraudes elementales. ¡Era todo un caballero! Si engañaba, empleaba al menos al hacerlo una gracia encantadera y una habilidad de primer orden.

Dios sabe que el joven Mr. Roberto de Blois no se mostraba muy entusiasmado con el juego. Nunca era él el que empeñaba la partida, y preciso era que Penhoel le rogase diariamente con la mayor insistencia para que el joven Mr. de Blois quisiera consentir en ganarle sus dobles luises.

Esta constante ganancia le fastidiaba en lugar de serle agradable: ¡tanto era su generoso desinterés! Cada vez que se veía obligado por la suerte á guardarse el dinero de René, no podía contener las pruebas de su mal humor.

Penhoel se obstinaba con la terquedad sombría del jugador que pierde. En tres años habia perdido sumas enormes. Quería recuperarlas. Sobre aquel tapete habian pasado sucesivamente las granjas, los molinos, los bosques que componian la herencia de su padre. Pretendia cambiar la mala suerte y recuperar lo perdido.

Diariamente se estrellaba su esperanza contra el decreto de la inflexible suerte; pero nada mata la esperanza tenaz del jugador.

Penhoel volvia al dia siguiente á sentarse en el mismo sitio que la víspera. Su ávida mano temblaba interrogando al oráculo, constantemente contrario.

Perdia.

Durante algunas horas permanecia allí abrasado el pecho y con el sudor en la frente hasta que Roberto, movido de compasion, el tierno y buen joven, le negaba la última revancha.

Roberto acababa de ganar una partida y Penhoel buscaba en el fondo de su bolsillo, lleno un momento antes, algunas piezas de oro que le quedaban.

—Daria veinte luises por no ganaros esta partida, dijo el joven Mr. Roberto; una suerte como la mia no se comprende y concluye por hacerse fastidiosa.

Penhoel presentó el vaso, que Lola se apresuró á llenar.

—Dice un refran que no se puede ser á la vez afortunado en el juego y en amores, murmuró Pontalés hijo, fijando en René una mirada en que se leia el mayor desprecio y burla.

El marqués le respondió con un gesto.

El joven tomó un aire grave.

—Yo voy á apostar por Mr. de Blois, dijo el marqués con la amabilidad dulce que distinguia sus maneras; todos mis votos sin embargo son por Mr. de Penhoel. . . . Es una suerte que nunca se ha visto; separad un poco vuestra silla, vizconde; dicen que esas cosas cambian muchas veces el juego.

Penhoel hizo correr hácia atrás su silla con esa docilidad supersticiosa y estúpida del jugador vencido cuya cabeza se estravía.

Luego tomó las cartas con aire sombrío.

Sus cejas estaban arqueadas violentamente, su respiracion era anhelosa y oprimida.

No pronunciaba una sola palabra.

